

**FE.** Sustantivo correspondiente al verbo «creer» y que en el hebreo corresponde a *he`ēmîn*, forma verbal de *`āman*, y en el idioma griego (LXX y NT) a la palabra *pisteuō*. La última es una palabra clave en el NT, siendo el término regularmente usado para referirse a la múltiple relación a la que el evangelio llama al hombre, es decir, fe en Dios a través de Cristo. La complejidad de esta idea se refleja en la variedad de construcciones que se emplean con este verbo (seguido de *que*, de acusativo o infinitivo, para expresar la verdad creída; *en* y *epi* con el dativo señalando a la confianza a la que se da crédito; *eis* y, ocasionalmente, *epi* con el acusativo—la característica más común y original en el uso del NT, apenas presente en la LXX y desconocida en el griego clásico—lleva la idea de un movimiento de fe y de un descanso en el objeto de su confianza). El sustantivo hebreo corresponde a *`āman* (*`ēmûnāh*, traducida por *pistis* en la LXX), y significa regularmente seguridad en el sentido de integridad, y *pistis* ocasionalmente lleva este sentido en el NT (Ro. 3:3, de Dios; Mt. 23:23; Gá. 5:22; Tit. 2:10, del hombre). La palabra *`ēmûnāh* normalmente se refiere a la fidelidad de Dios, y únicamente en Hab. 2:4 se usa para significar la respuesta religiosa del hombre a Dios. Allí, sin embargo, el contraste entre la índole de la justicia y el orgullo autosuficiente de los caldeos parece requerir un sentido más amplio de la «fe» sola: un sentido de autorenuncia, dependencia confiada en Dios, la actitud del corazón en que la confianza en la vida es la expresión natural. Éste es evidentemente el sentido en que los escritores apostólicos citan el texto (Ro. 1:17; Gá. 3:11; Heb. 10:38), y el sentido que tanto *pistis* como *pisteuō* tienen en el NT, donde las dos palabras se usan prácticamente como términos técnicos (Juan prefiere el verbo, Pablo el sustantivo) para expresar el pensamiento complejo de una exclusiva dependencia en la mediación del Hijo como única seguridad de la misericordia del Padre. Ambas tienen un gran significado, ya sea que su objeto gramatical sea Dios, Cristo, el evangelio, una verdad, una promesa, o si no está expresado del todo. Ambas llevan la idea de un compromiso que sigue a la convicción, incluso en contextos donde la fe se define en términos de convicción (p. ej., cf. Heb. 11:1 con el resto del capítulo). La naturaleza de la fe, según el NT, es vivir por la verdad que se recibe; la fe que descansa en las promesas de Dios, agradece por la gracia de Dios que obra para su gloria.

Debemos notar algunas contracciones ocasionales de esta amplia idea:

(1) Entre los escritores del NT, únicamente Santiago usa tanto el sustantivo como el verbo para demostrar el mero asentimiento intelectual a la verdad (Stg. 2:14–26). Pero aquí él está explícitamente remedando la costumbre de aquellos que quería corregir—convertidos judíos, que bien podían haber heredado esta noción de fe de las fuentes judías contemporáneas—y no existe razón para suponer que esta costumbre era normal o natural en él (p. ej., la referencia que hace a la fe en 5:15 tiene un significado más amplio). En cualquier caso, el punto que él señala, de que una «fe» meramente intelectual, como la que tienen los demonios, es inadecuada, está en completa armonía con lo que enseña el resto del NT. Cuando Santiago dice, por ejemplo: «la fe sin obras

---

LXX Septuagint

LXX Septuagint

LXX Septuagint

está muerta» (2:26), está diciendo lo mismo, en esencia, que Pablo «la fe sin obras, no es fe, sino lo opuesto» (cf. Gá. 5:6; 1 Ti. 5:8).

(2) A veces, por una transición natural, «la fe» indica el conjunto de verdades creídas (p. ej., Jud. 3; Ro. 1:5 (?); Gá. 1:23; 1 Ti. 4:1, 6). Esto llegó a ser de uso común en el segundo siglo.

(3) De Cristo mismo se deriva un uso más restringido de la «fe» refiriéndose a una confianza que obra milagros (Mt. 17:20s.; 1 Co. 12:9; 13:2), o algo que causa la realización de los milagros (Mt. 9:28s.; 15:28; Hch. 14:9). La fe salvadora no está siempre acompañada de los «milagros de la fe», (1 Co. 12:9; cf. Mt. 7:22s.).

I. CONCEPCIÓN GENERAL. Al circunscribirnos a la idea bíblica de la fe, debemos notar tres cosas:

A. *La fe en Dios encierra una creencia correcta acerca de Dios.* En el hablar diario, la palabra fe apunta tanto a una confesión de proposiciones («creencias») como a una confianza en personas o cosas. En el último caso, alguna creencia acerca del objeto en el que se confía es la presuposición lógica y psicológica del acto de la confianza misma, porque la fe en algo se refleja en una expectación acerca de su conducta, y una esperanza racional es imposible si se desconocen las capacidades de conducta de la cosa en la que se confía. A través de la Biblia, la confianza en Dios se hace descansar sobre la creencia de lo que él ha revelado acerca de su carácter y propósitos. En el NT, donde la fe en Dios se define como confianza en Cristo, el reconocimiento de que Jesús es el Mesías prometido y el Hijo de Dios encarnado se toman como básicos. Los escritores conceden que puede existir alguna forma de fe aunque la información acerca de Cristo es incompleta (Hch. 19:1ss.), pero no donde conscientemente se niega su identidad y mesianismo divinos (1 Jn. 2:22s.; 2 Jn. 7–9); entonces todo lo que es posible es la idolatría (1 Jn. 5:21), la adoración de una fantasía hecha por el hombre. La frecuencia con que las epístolas describen la fe como conocimiento, creencia y obediencia a «la verdad» (Tit. 1:1; 2 Ts. 2:13; 1 P. 1:22, etc.), demuestra que sus autores pensaban que la ortodoxia era el ingrediente fundamental de la fe (cf. Gá. 1:8, 9).

B. *La fe descansa sobre el testimonio divino.* Las creencias, como tales, son convicciones que se mantienen sobre la base de un testimonio; no contienen evidencias en sí mismas. La cuestión que si ciertas creencias particulares deban tratarse como verdades conocidas u opiniones dudosas dependerá del valor del testimonio en que se basen. La Biblia señala las convicciones de la fe como ciertas y las iguala con el conocimiento (1 Jn. 3:2; 5:18–20, etc.) no porque surjan de una supuesta experiencia mística que se autentifica a sí misma, sino porque descansan sobre el testimonio de un Dios que «no puede mentir» (Tit. 1:2) y que por lo tanto es completamente confiable. El testimonio de Cristo y de los apóstoles de Cristo (Hch. 10:39–43) es el testimonio de Dios mismo (1 Jn. 5:9ss.); este testigo divinamente inspirado es el propio testigo de Dios (cf. 1 Co. 2:10–13; 1 Ts. 2:13), de tal manera que recibirlo es certificar que Dios es verdadero (Jn. 3:33), y rechazarlo es hacer a Dios un mentiroso (1 Jn. 5:10). La fe cristiana descansa sobre el reconocimiento del testimonio bíblico y apostólico en el que Dios mismo da testimonio de su Hijo.

C. *La fe es un don sobrenatural y divino.* El pecado y Satanás han cegado de tal manera a los hombres caídos (Ef. 4:18; 2 Co. 4:4), que no pueden discernir el testimonio apostólico de la Palabra de Dios, ni «ver» ni comprender las realidades de

las que habla. (Jn. 3:3; 1 Co. 2:14), ni «vienen» al renunciamiento de sí mismo para confiar en Cristo (Jn. 6:44, 65), hasta que el Espíritu Santo los ilumine (cf. 2 Co. 4:6). Solamente los receptores de esta divina «enseñanza», «persuasión» y «ungimiento» vienen a Cristo y permanecen en él (Jn. 6:44, 45; 1 Jn. 2:20, 27). De esta manera, Dios es el autor de toda la fe salvadora (Ef. 2:8; Fil. 1:29; véase *Llamamiento, Regeneración*).

II. PRESENTACIÓN BÍBLICA. A través de la Escritura, el pueblo de Dios vive por fe; pero la idea de fe se desarrolla como revelación de la gracia y la verdad de Dios en la que descansa. De diversas maneras, el AT define la fe como descanso, confianza y esperanza en el Señor, uniéndose a él, esperándolo, haciendo de él nuestro escudo y fortaleza, refugiándonos en él, etc. Los salmistas y profetas, hablando en términos individuales y nacionales respectivamente, presentan la fe como una resuelta confianza en Dios que salva a sus siervos de sus enemigos y que cumple el declarado propósito de bendecirlos. Isaías, en forma especial, denuncia la confianza en la ayuda humana como inconsistente con tal confianza (Is. 30:1–18, etc.). El NT mira al mantenimiento de la esperanza, la obediencia que llevaba a renunciar al mundo y la tenacidad heroica por la que los creyentes del AT manifestaron su fe como un modelo que los cristianos deben imitar (Ro. 4:11–25; Heb. 10:39–12:2). Aquí se declara la continuidad y también la novedad; porque la fe al recibir una nueva expresión de Dios en las palabras y hechos de Cristo (Heb. 1:1s.), ha llegado a ser un conocimiento de la salvación presente. Así, dice Pablo, la fe «vino» primero con Cristo (Gá. 3:23–25). Los evangelios muestran a Cristo demandando confianza en sí mismo como portador de la salvación mesiánica. Juan está lleno de esto enfatizando que, (1) la fe («creer en», «venir a» y «recibir» a Cristo) encierra un conocimiento de Jesús, no meramente como un maestro enviado por Dios y obrador de milagros (esto es insuficiente, Jn. 2:23s.) sino como el Dios encarnado (Jn. 20:28), cuya muerte expiatoria es el único medio de salvación (Jn. 3:14s.; 6:51–58); (2) que la fe en Cristo asegura el gozo presente de la «vida eterna» en comunión con Dios (Jn. 5:24; 17:3). Las epístolas reflejan esto, y presentan la fe en una relación más amplia. Pablo muestra que la fe en Cristo es el único medio para una relación justa con Dios, y que las obras humanas no pueden lograrlo (véase Romanos y Gálatas); Hebreos y 1 Pedro presentan la fe como la dinámica de la esperanza y el fortalecimiento bajo la persecución.

III. HISTORIA DE LA DISCUSIÓN. Desde el principio, la iglesia entendió que el asentimiento al testimonio apostólico es el elemento fundamental en la fe cristiana; de ahí el interés de ambos grupos en la controversia gnóstica de demostrar que sus postulados eran genuinamente apostólicos. Durante el período patrístico, sin embargo, la idea de la fe era tan estrecha que este asentimiento fue mirado como el todo. Hubo cuatro factores que ocasionaron esto: primero, la insistencia de los padres anti-gnósticos, en forma especial Tertuliano, de que los fieles son aquellos que creen «la fe», como se declara en la «regla de fe» (*regula fidei*), es decir, el Credo; en segundo lugar, el intelectualismo de Clemente y Orígenes, para quienes *pistis* (asentimiento sobre la autoridad) era un sustituto inferior para la *gnōsis* (conocimiento demostrativo) de las cosas espirituales, y un escalón hacia ella; tercero, la asimilación de la moralidad bíblica a la moralidad estoica, una ética, no de una dependencia agradecida, sino de una decidida confianza en sí mismo; cuarto, en vestir a la doctrina bíblica de la comunión con Dios con el neoplatonismo, que la hizo aparecer como un ascender

místico a lo suprasensible por medio de un amor anhelante, sin tener un vínculo con el ejercicio ordinario de la fe como tal. Además, puesto que la doctrina de la justificación (véase) no fue comprendida, el significado soteriológico de la fe fue mal comprendido, y la fe (entendida como la ortodoxia) fue mirada simplemente como el pasaporte al bautismo (remitiendo todos los pecados pasados), y como una vida de probación en la iglesia (dando al bautizado la oportunidad de hacerse por sí mismo digno de gloria por medio de sus buenas obras). Los escolásticos refinaron este punto de vista. Ellos reprodujeron la ecuación de la fe con la creencia, distinguiendo entre la *fides informis* (fe «no formada», ortodoxia simple) y la *fides caritate formata* (creencia «formada» en un principio de trabajo por la adición sobrenatural de la gracia distintiva del amor). Ellos mantienen que las dos clases de fe son obras meritorias aunque la calidad del mérito de la primera es meramente *congruente* (haciendo la recompensa divina algo adecuado, pero no obligatorio); y de la segunda, únicamente ganar mérito *condigno* (haciendo de la recompensa divina un deber como una cuestión de justicia). Roma todavía identifica formalmente la fe con la creencia, y ha agregado un refinamiento posterior al distinguir entre la fe «explícita» (creencia que conoce su objeto) y la fe «implícita» (asentimiento ininteligible de cualquier cosa que la iglesia mantenga). Solamente la última (que evidentemente no es más que un voto de confianza en la enseñanza de la iglesia y puede existir con una completa ignorancia del cristianismo) se requiere de los laicos para la salvación. Pero una mera disposición de este tipo, se aparta bastante del concepto bíblico de la fe salvadora.

Los reformadores restauraron las perspectivas bíblicas al insistir que la fe es más que la ortodoxia; no solamente *fides*, sino *fiducia*, confianza personal en la misericordia de Dios a través de Cristo; que no es una obra meritoria, un rasgo de justicia humana, sino la apropiación de un instrumento, una mano vacía que se alza para recibir el libre don de la justicia de Dios en Cristo; la fe es dada por Dios, y es en sí misma el principio dinámico por el que brotan espontáneamente el amor y las buenas obras; y esa comunión con Dios significa no un raptó exótico de éxtasis místico, sino una fe de todos los días que une con el Salvador. El protestantismo confesional siempre ha mantenido esta posición. En el arminianismo existe una tendencia a describir la fe como la obra humana de la que depende en parte el perdón del pecado; como si el hombre, en efecto, contribuyera a su propia salvación. Esto sería de hecho un reavivamiento protestante de la doctrina del mérito humano.

El liberalismo ha psicologizado radicalmente la fe, reduciéndola a un sentido de armonía contenta con el Infinito a través de Cristo (Schleiermacher), o a una resolución definida de seguir la enseñanza de Cristo (Ritschl), o ambos. La influencia liberal se refleja en la extendida suposición de que la «fe», entendida como una confianza optimista en la amistad del universo, divorciada de cualquier credo específico, es un estado religioso distintivo de la mente. Los teólogos neosupernaturalistas y los existencialistas, reaccionando contra este psicologismo, enfatizan el origen y carácter sobrenaturales de la fe. Ellos la describen como un compromiso activo de la mente y de la voluntad; es el «sí» repetido del hombre ante los requerimientos de la palabra de Dios en Cristo; pero la fugaz apreciación del contenido de esa palabra, dificulta a veces ver a lo que el creyente debe decir «sí».

Claramente, cada punto de vista de los teólogos acerca de la naturaleza y significado salvífico de la fe dependerá de la apreciación que él tenga de las Escrituras y de Dios, del hombre y sus relaciones mutuas.

## BIBLIOGRAFÍA

Arndt; MM; E.D. Burton, *Galatians* (ICC), pp. 475–486; B.B. Warfield en HDB, s.v., and *Biblical and Theological Studies*, pp. 375–444; G.H. Box en HDCG; J.C. Machen, *What is Faith?*; B. Citron, *New Birth*, pp. 86–94; *Systematic Theologies* of C. Hodges (III, pp. 41–113 and L. Berkhof (IV, viii; pp. 493–509).

JAMES I. PACKER<sup>1</sup>

---

Arndt Arndt-Gingrich, *Greek-English Lexicon*

MM Moulton and Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament*

ICC *International Critical Commentary*

HDB *Hastings' Dictionary of the Bible*

HDCG *Hastings' Dictionary of Christ and the Gospels*

<sup>1</sup> Packer, J. I. (2006). [FE](#). In E. F. Harrison, G. W. Bromiley, & C. F. H. Henry (Eds.), *Diccionario de Teología* (pp. 261–264). Grand Rapids, MI: Libros Desafío.